

***Pastor's Note: The World Knew Him Not ~ December 11, 2022***

*The true light that enlightens every man was coming into the world.*

“Joy to the world!” we sing in response to this great truth, that the one who brings light to every heart is coming into the world. And yet he did not come with great fanfare, there were no great and fearsome signs portending his coming, save for the light of one particular star. He came into the world subtly, quietly, as a little child, the most gentle and vulnerable of all creatures that walk the earth. Our God is a mighty and powerful God, but in his mercy he deals with us in subtlety and mystery, knowing that we are curious and inquisitive creatures with a drive to know truth, a desire to be enlightened; this is how he made us, so that we would seek him. But then the Evangelist tells us of the greatest tragedy of all:

*He was in the world, and the world was made through him, yet the world knew him not. He came to his own home, and his own people received him not.*

The God through whom all things were made had entered into the world, and yet the world did not know him, for while there was no fanfare greeting his coming, for all ages he had been anticipated and even foretold. He came to his own home, among his own kin, and his own people received him not. He would remark on this later, upon being rejected at Nazareth, where he had grown up: “A prophet is not without honor, save in his native place and among his kin.” For the world, the rejection arose from his obscurity, for those close to him, from his familiarity to them. The one we know the best is the one we can most take for granted. God has condescended to be close to us, easily accessible, and while this makes his love so easy to embrace, it also makes it easy to pass on by, to reject without even the slightest hint of malice or blasphemy, but merely a heart which moves not at all, mired in indifference.

*But to all who received him, who believed in his name, he gave power to become children of God; who were born, not of blood nor of the will of the flesh nor of the will of man, but of God.*

Not only did God make himself accessible by becoming a man like us in all things but sin, entering into our broken world to fix it from within, but he made himself even more accessible after he had completed his earthly ministry. Incarnate in the womb of the Virgin Mary, he was born in Bethlehem, whose name means “house of bread,” and here was yet again God revealing through a subtle sign the way in which he would come to us in his mercy. For after the Lord ascended into heaven, he left behind a means of staying close to him in the Bread of Life, the Most Holy Eucharist, which is truly his Body and Blood. And accessible he is; it is a simple interface: we approach the altar, we open our mouths in affirming this truth by saying “Amen,” and we open our mouths for him to be our food. Food gives life, and this is how the true light who came into the world deigned to give us life and to enlighten our hearts so that we would know truth, by entering not only into history as an abstract concept, but into each of our lives, each of our bodies and souls, in a more intimate union than is humanly possible. So when we profess his name, believing that he is truly present among us, and we open our mouths and our hearts and our whole lives to receive him, he gives us power to become children of God. Our birth from him takes place not in the usual way, not by our will, but by his free gift of himself.

So simple and so accessible. And also, as a result, so vulnerable, which means that he allows himself to be wounded. He is wounded if we receive him unworthily. He is wounded if we do not examine ourselves so that we make for him a fitting dwelling within ourselves. We do not want to say as the Lord passes by us in the Eucharist that “there is no room in the inn,” as was said at his first coming; no room in the inn of our hearts because we are too mired in the things of this world, too caught up in our own attachments and comforts, too weighed down by our sins. He allows himself as well to be wounded by our indifference. Ease of access means also ease of forgetting. There he is, day and night, awaiting us in the tabernacle, weeping as we pass him by and pay him no mind, just as he wept while being imprisoned the night before his passion.

All that is said of him in these verses of the Fourth Gospel is true of him still in the Eucharist. Let us open our hearts to receive him: to receive light, to receive life, to be united to truth; to know him as his own people, to believe in his name, to have the power to be children of God.

## **Nota del Párroco: El mundo no lo conocía ~ 11 Diciembre 2022**

*La luz verdadera que ilumina a todo hombre venía al mundo.*

"¡Gloria a Dios en el cielo!" cantamos en respuesta a esta gran verdad en imitación de los ángeles, que viene al mundo el que trae la luz a todos los corazones. Y, sin embargo, no vino con gran fanfarria, no hubo señales grandes y temibles que presagiaran su venida, excepto la luz de una estrella. Él vino al mundo sutilmente, en silencio, como un niño pequeño, la más dulce y vulnerable de todas las criaturas que caminan sobre la tierra. Nuestro Dios es un Dios fuerte y poderoso, pero en su misericordia nos trata con sutileza y misterio, sabiendo que somos criaturas curiosas e inquisitivas con un impulso de conocer la verdad, un deseo de ser iluminados; así nos hizo, para que le busquemos. Pero luego el evangelista nos habla de la mayor tragedia de todas:

*En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, mas el mundo no le conoció. Vino a su propia casa, y su propia gente no lo recibió.*

El Dios por quien todas las cosas fueron hechas había entrado en el mundo y, sin embargo, el mundo no lo conocía, porque mientras no había fanfarria para saludar su venida, para todas las edades había sido anticipado e incluso anunciado. Vino a su propia casa, entre su propia familia, y su propia gente no lo recibió. Sobre esto comentaría más tarde, al ser rechazado en Nazaret, donde se había criado: "Un profeta no carece de honra, sino en su lugar natal y entre sus parientes". Para el mundo, el rechazo surgió de su oscuridad, para los cercanos, de su familiaridad con ellos. El que conocemos mejor es el que más podemos dar por sentado. Dios se ha dignado estar cerca de nosotros, fácilmente accesible, y si bien esto hace que su amor sea tan fácil de abrazar, también lo hace fácil de pasar, de rechazar sin el más mínimo indicio de malicia o blasfemia, sino simplemente un corazón que no se mueve en absoluto, sumido en la indiferencia.

*Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; que nacieron, no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de hombre, sino de Dios.*

Dios no solo se hizo accesible al hacerse un hombre como nosotros en todo menos en el pecado, entrando en nuestro mundo quebrantado para sanarlo desde dentro, sino que se hizo aún más accesible después de haber completado su ministerio terrenal. Encarnado en el seno de la Virgen María, nació en Belén, cuyo nombre significa "casa del pan", y aquí estaba una vez más Dios revelándonos a través de una sutil señal el camino por el cual vendría a nosotros en su misericordia. Porque el Señor, después de ascender al cielo, dejó un medio para estar cerca de él en el Pan de Vida, la Santísima Eucaristía, que es verdaderamente su Cuerpo y su Sangre. Y accesible es; es una interfaz simple: nos acercamos al altar, abrimos la boca para afirmar esta verdad diciendo "Amén", y abrimos la boca para que él sea nuestro alimento. El alimento da vida, y así es como la luz verdadera que vino al mundo se dignó darnos vida e iluminar nuestro corazón para que conozcamos la verdad, entrando no sólo en la historia como concepto abstracto, sino en cada una de nuestras vidas. , cada uno de nuestros cuerpos y almas, en una unión más íntima de lo humanamente posible. Por eso, cuando profesamos su nombre, creyendo que está verdaderamente presente entre nosotros, y abrimos nuestra boca y nuestro corazón y toda nuestra vida para recibirlo, nos da poder para convertirnos en hijos de Dios. Nuestro nacimiento de él no tiene lugar de la manera habitual, no por nuestra voluntad, sino por su don gratuito de sí mismo.

Tan simple y tan accesible. Y también, como resultado, tan vulnerable, lo que significa que se deja herir. Está herido si lo recibimos indignamente. Está herido si no nos examinamos a nosotros mismos para hacerle una morada adecuada dentro de nosotros mismos. No queremos decir al pasar el Señor en la Eucaristía que "no hay lugar en la posada", como se dijo en su primera venida; no hay lugar en la posada de nuestros corazones porque estamos demasiado atascados en las cosas de este mundo, demasiado atrapados en nuestros propios apegos y comodidades, demasiado agobiados por nuestros pecados. Él también se deja herir por nuestra indiferencia. Facilidad de acceso significa también facilidad de olvido. Allí está, día y noche, esperándonos en el tabernáculo, llorando cuando pasamos junto a él y no le hacemos caso, como lloró mientras estaba preso la noche antes de su pasión.

Todo lo que se dice de él en estos versículos del Cuarto Evangelio es verdad de él todavía en la Eucaristía. Abramos nuestro corazón para recibirlo: para recibir la luz, para recibir la vida, para unirnos a la verdad; conocerlo como su propio pueblo, creer en su nombre, tener el poder de ser hijos de Dios.